

# LLEVEMOS LOS CLÁSICOS A LOS NIÑOS



LECCIÓN INAUGURAL PRONUNCIADA EN EL CONSERVATORIO  
PROFESIONAL DE MÚSICA DE PALENCIA EL DÍA 14 DE SEPTIEMBRE DE  
2011 POR EL EXCMO. SR. D. JOSÉ ANTONIO PASCUAL RODRÍGUEZ  
CATEDRÁTICO DE LENGUA ESPAÑOLA DE LA UNIVERSIDAD  
CARLOS III DE MADRID Y MIEMBRO DE LA REAL  
ACADEMIA ESPAÑOLA

ACTO DE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO DE LAS  
ENSEÑANZAS NO UNIVERSITARIAS EN CASTILLA Y LEÓN  
2011-2012





Excmo. Sr. presidente de Castilla y León, D. Juan Vicente  
Herrera Campo,

Excmo. Sr. consejero de Educación, D. Juan José Mateos Ote-  
ro,

Ilmo. Sr. alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Palencia, D.  
Alfonso Polanco Rebolleda,

autoridades,

alumnos,

amigos,

señoras y señores:

Sean mis primeras palabras de agradecimiento, por el gran honor que me ha procurado el Sr. Consejero de Educación invitán-  
dome a pronunciar la lección inaugural de este curso 2011-2012. Algo tiene de última lección esta en que voy a referirme a una de mis preocupaciones como profesor y como ciudadano, referente a la necesidad de introducir decididamente a nuestros escolares en la lectura de los clásicos. Con esta lección se cierran, casi de una manera oficial, los cuarenta años largos que llevo en la enseñanza, orgulloso de haber sido un pequeño eslabón entre la labor de mis

maestros y la de quienes han de continuar la mía, que sabrán —no tengo la menor duda de ello— mejorarla.

Todos cuantos estamos hoy aquí somos capaces de escaparnos por unos momentos con nuestra imaginación de este acto y refugiarnos —espero que no sea por culpa de mis palabras— en una realidad fictiva. Esa realidad en la que conservamos tantas historias atrapadas en nuestra memoria, que se nos han transmitido de generación en generación: unas veces de manera oral, otras, por escrito.

### **1. En un mundo de libros**

A finales del siglo IX, un monje en Verona, para probar su pluma, dejó escrita una adivinanza, fácil de entender en una sociedad campesina. En ella se representaba el acto de escribir por medio de unos bueyes —es decir los dedos— que arrastraban el arado —la pluma—, para sembrar en los campos blancos —el pergamino— una simiente negra —la tinta—:

Se pareba boves, alba pratalia araba  
Albo versorio teneba, et negro semen seminaba.

Este tipo de siembra ha germinado en cientos de miles de textos. Podemos acceder a ellos a diario, gracias al prodigioso mundo de los libros que nos hablan de los afectos y desafectos que nos envuelven a los seres humanos o que se refieren a una realidad soñada por un poeta, un novelista... Se suele decir que los niños de hoy nacen con un teléfono móvil en la mano, pero se olvida que

les rodea también un mundo imaginario, repleto de historias, que terminará por formar parte de su existencia, haciéndoles no solo gozar con ellas, sino conseguir que su espíritu vaya haciéndose más sutil, como nos explicó Anthoine de la Sale, hace casi seis siglos, en *Le Petit Jehan*, obra en la que Ma dame des Belles Cousines se empeña en que el joven Jehan de Saintré lea antiguas historias precisamente con estos fines<sup>1</sup>. En este mundo, que supone una permanente reinterpretación de la realidad, podrán ir contrastando los niños y quienes no lo somos ya, sus ideas con las de quienes ofrecen las suyas, es decir, los escritores.

Estos han desarrollado su trabajo en multitud de situaciones. Heroicas algunas, como aquella en que fray Juan de la Cruz, preso en la cárcel, «... sin papel, sin tinta, sin apenas luz, fue cincelando versos de memoria, en espera de poder transcribirlos»<sup>2</sup>. Otras, no sin riesgo, como el que corrió Alonso Fernández de Madrid, Arcediano del Alcor, que trató personalmente a Nebrija, quien tradujo aquí, en Palencia, el *Enquiridion*, amenazado por la inquina de quienes creyendo que la verdad es solo la suya trataron de suprimir la simple mención de esta obra tan importante para el pensamiento humanista, que influyó incluso en *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de León<sup>3</sup>. No faltan tampoco las ocasiones en que un escritor llega a disfrutar del placer de la escritura, tanto da si ello ocurre en un largo proceso de creación como si se logra en horas veinticuatro... Entre estas múltiples posibilidades —casi

---

1 Anthoine de la Sale, *Le petit Jehan de Saintré*, Paris: La Renaissance du Livre, s. d., p. 67.

2 R. Senabre, «Sobre la composición del Cántico espiritual». En *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, vol. I, Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1993, 95-106, pp. 96-97.

3 Vid. el prólogo de Marcel Bataillon a la edición que hizo Dámaso Alonso de: Erasmo, *El enquiridion o manual del perfecto cristiano*, Madrid, 1932, pp. 21, 41 y 81.

nunca fáciles— de relacionarse un creador con el mundo, fijémosnos en cómo actúa nuestro Jorge Guillén, según el testimonio de Pedro Salinas, que no es la primera vez que saco a colación:

Jorge, invulnerable, como siempre. A mí me parece increíble que con sus hijos en Francia, y España como está, sin colocación ni empleo, con el futuro en el aire, pueda estar tan relativamente *por encima o fuera* de esas cosas. Basta con que se le eche una idea sobre la poesía, sobre Bécquer, sobre san Juan, etc., o se le dé un tema de discurrir lúcidamente, y se olvide de todo lo demás. Es una especie de lucha entre su mundo y el mundo ajeno, en la que siempre triunfa el suyo. ¡Cómo me ilumina Jorge la palabra dis-traído, por ser él radicalmente dis-traído de lo actual, de lo pasajero, en que nosotros nos dejamos coger, y él esquivo con su distracción, que es su mayor signo de profundidad! ¡Feliz él!» [...]. Este hombre, que parece a ratos egoísta, distraído, inhumano, es una fuerza vital disparada hacia su meta: La poesía perfecta y sin sombra. Y pasa por la vida sin dejarse prender ni detenerse por lo que a los demás nos agarra.<sup>4</sup>

Para vivir las aventuras de todo tipo que contienen los libros, situadas por encima de la realidad que palpamos en un mundo que gira eternamente y renace a cada momento transformado, no necesitamos emular al heroico Jakob Mendel, *el de los libros*<sup>5</sup>. No nos faltará, a poco que lo intentemos, comodidad para adentrarnos por esas historias, capaces de cambiar nuestras ideas de las cosas o de confirmarnos en ellas con nuevos argumentos o, incluso, de ayudar a evadirnos de esta agobiante cotidianeidad que es la vida. Tampoco, para adueñarnos de ese universo de los libros hemos de convertirnos en filólogos, ni siquiera a la manera elemental como actúa un personaje de una novela de J. M. Coetzee:

---

4 Pedro Salinas, *Cartas a Katherine Whitmore* (1932-1947). Edición y prólogo de E. Bou, Barcelona: Tusquets, 2002, p. 341.

5 Stefan Zweig, *Mendel el de los libros*. Traducción de B. Via Mahou, Barcelona: Alcantilado, 2009: 27.

A mi lado tengo *Herzog y Voss*, dos libros de gran prestigio, y me paso muchas horas de análisis intentando entender los trucos que sus autores han llevado a cabo para conferirles a sus monólogos (al fin y al cabo no son mejores que yo, sentados día tras días en habitaciones solitarias, segregando palabras igual que las arañas su tela: la imagen no es mía <sup>6</sup>) el aire de un mundo real visto a través del espejo.<sup>7</sup>

No necesitamos ir tan lejos como este personaje, que, por cierto, no había nacido para ser escritor; basta con que seamos amateurs, como lo somos en tantos ámbitos: en el de la música, el cine, el deporte... Pero buenos amateurs, que hemos de prepararnos cuanto antes para disponer de «el tesoro del pasado y beneficiarnos de lo que otros han hecho» .<sup>8</sup>

## 2. La adaptación de los clásicos para los niños

Todo esto implica que hemos de disponer de obras clásicas para acercarlas a los niños. En ese acercamiento esas obras han de experimentar algunas menguas en sus posibilidades expresivas, que, sin embargo, no suponen un problema, ya que la mayor parte de los textos, desde que se escriben hasta que llegan al público, van sufriendo algunas pérdidas: muchos de ellos se conservan en copias que distan mucho de ser una reproducción fiel de lo escrito e, incluso, entre la obra escrita y la impresa suele mediar la intervención del impresor. No digamos nada si se ha de trasvasar el texto de una lengua a otra: Cervantes, por ejemplo, para leer el *Tirant lo Blanch*

6 Podría tratarse del modo cómo dialogaban los hermanos de Addie Bundren con él, en la novela de William Faulkner *Mientras yo agonizo*: «Nos servíamos los unos de los otros por medio de las palabras, como arañas que, suspendidas a una viga, se balancean en el vacío, dando vueltas sin conseguir jamás tocar nada».

7 J. M. Coetzee, *Tierras de poniente*. Traducción de J. Calvo, Barcelona: Debolsillo, 2010, p. 59.

8 Conferencia de D. José Ortega y Gasset pronunciada en Valladolid, en el año 1934, publicada en *Obras Completas, tomo IX (1933-1948). Obra póstuma*, Madrid: Taurus, 2009, p. 174.

tuvo que servirse de la traducción al castellano del libro, *Tirante el Blanco*, precisamente la que publicó hace 500 años, en Valladolid, Diego de Gumiel, que, por buena que fuera —y lo era— hubo de perder en el trasvase matices que solo podían comprenderse en el original. Del mismo modo, el paso del tiempo ha originado que ahora los lectores de Cervantes no tengamos la misma posibilidad de comprender el Quijote que las que tenían sus coetáneos, por el diferente contexto desde el que hemos de interpretarlo e, incluso, por el cambio de significado que ha experimentado una parte de su léxico.

En nuestro mundo permanentemente abierto a los cambios de interpretación, una pérdida en la expresión o en el contenido no hará remover una obra desde sus cimientos si la adaptación se ha hecho con criterio. ¿Por qué no contemplar la adaptación de una obra —tal y como estamos acostumbrados a verla en las teatrales— como una forma de interpretación de esta? Es lo que ha tratado de explicar Javier Marías a propósito de las traducciones:

... estos textos podrán ser traducidos una y otra vez, cada vez a la lengua propia de su tiempo, sin dejar de ser ellos mismos, de manera semejante a como una partitura musical puede ser interpretada infinitas veces, con infinidad de diferentes matices, velocidades, instrumentos, según los intérpretes, sin dejar de ser ella misma. La partitura no cambia, pero suena distinta cada vez que se la interpreta, y en realidad es dudoso que exista cuando no es interpretada, cuando no tiene lugar o no acontece. Los textos originales son un poco como las partituras musicales; las traducciones son un poco como las ejecuciones o plasmaciones de lo que sin ellas está callado, y va palideciendo con el tiempo, o se va convirtiendo en jeroglífico para los descendientes de quien escribió el irrepitible e intocable e inalterable texto.<sup>9</sup>

---

9 Javier Marías, discurso pronunciado en Dortmund con motivo de la concesión del premio Nelly Sachs, publicado en *El país*, 15.12.97.

Igual que con las traducciones, que abren las puertas al conocimiento de lo escrito en otras lenguas, no podemos considerar un mal menor las adaptaciones —las interpretaciones— de los textos clásicos hechas para niños; aparte de la importancia que tienen estas para adentrarlos por la literatura clásica o, al menos —lo que no es menos importante—, de evitar que esa literatura les resulte ajena cuando sean mayores, estigmatizada con la idea de que producen aburrimiento.

El tino de un filólogo o la intuición de un escritor puede conseguir que una adaptación no traicione el original en sus líneas fundamentales. Acabo de comprobarlo cuando he tenido la oportunidad de leer unos cuantos textos clásicos de la literatura española y universal, adaptados para niños por la profesora Rosa Navarro<sup>10</sup>. Haciendo que estos libros formaran parte de mi ocio vacacional de estos días pasados, he logrado que volvieran a mi mente una serie de historias a las que el paso del tiempo y la debilidad de la memoria las había ido despojando en mi recuerdo de muchos de sus elementos significativos.

Empecé moviéndome por un mundo presidido por los sentimientos más primarios, como la avaricia, la gula, el desmesurado orgullo, que contrastan con la compasión de Santa María que, comprensiva con las debilidades de sus fieles, los libraba de la pérdida. Es difícil no dejarse seducir por esos admirables cuadros que dibuja Gonzalo de Berceo en *Los milagros de Nuestra Señora*, con la fuerza de una visión aparentemente ingenua de las cosas.

---

10 Me refiero a los siguientes libros para niños hechos por Rosa Navarro Durán: *El Cid contado a los niños*; *La Odisea contada a los niños*; *La Eneida contada a los niños*; *El Lazarillo contado a los niños*; *Fábulas contadas a los niños*; *Leyendas de Becquer*. Libros publicados Barcelona: Edebé, en los años 2007, 2007, 2009, 2006, 2010, 2008, respectivamente. Añádase, de la misma autora, *Las Mil y una noches*, Madrid: Edaf, 2007.

De ellos salté pronto a otro libro que, igual que el anterior, he visitado muchas veces: se narra en él el viaje que emprende el Cid, lleno de peligros, en el poema de mismo nombre, desde la corte de la que se le expulsa hasta conseguir el botín tanpreciado que supone la conquista de la ciudad de Valencia, con el perdón consiguiente que recibe del rey. Se trata de un héroe que sobresale por su esfuerzo, inteligencia, sentido de la justicia, respeto con las leyes y lealtad a las personas, incluso a quienes no han sido leales con él. ¿No parece una invitación a que queramos ser dueños de nuestra suerte? Dentro de este mundo heroico, me ha impresionado una vez más el esforzado vivir de Ulises, el protagonista de la *Odissea*, en el larguísimo periplo que recorre hasta llegar a su casa; también en este caso puede el héroe llegar a humanizarse cuando le asaltan los recuerdos de su añorado mundo familiar. Veámoslo cuando el rey Alcínoo le brinda un espléndido banquete:

Un juglar ciego, Demódoco, que cantaba maravillosamente y tocaba la cítara, empezó a contar la discusión entre Ulises y Aquiles en la guerra de Troya y cómo el rey Agamenón se alegró mucho al verlo porque el oráculo le había dicho que, cuando se peleasen sus dos mejores guerreros, iba a empezar el desastre de los troyanos.

Al oír la historia, Ulises se tapó la cabeza con el manto rojo porque no podía evitar que le cayeran lágrimas de los ojos y no quería que los feacios lo vieran llorar.

Alcínoo, que estaba a su lado, se dio cuenta y oyó sus hondos suspiros. Para que el juglar no siguiera cantando lo que entristecía a su huésped, les dijo a los feacios que, como habían comido y bebido muy bien, ya podían empezar los juegos atléticos: la carrera, el salto, el lanzamiento del disco y la lucha.

Volvió a sorprenderme en mis lecturas el pasaje de la *Eneida* en que Eneas se adentra por un bosque de Libia, donde le sale al encuentro su madre, la diosa Venus, que, bajo la apariencia de una joven cazadora, le explica que está cerca de Cartago: el lugar que ha fundado la reina Dido, tras huir de su hermano, el cruel Pigmalión, rey de Tiro. Dejemos aquí al pío Eneas, al que le esperan aventuras que difícilmente dejarían de atraer vuestra atención, tanto o más como han atraído de nuevo la mía.

Ahora ya, a ras de tierra, nos encontramos con un antihéroe, Lázaro de Tormes, que dicta a un escribiente, para que haga llegar sus palabras a una dama, para explicarle con ellas cómo ha alcanzado la cumbre de la fortuna casándose con la amante de un arcipreste. Es una clara crítica contra las costumbres poco cristianas de algunos clérigos. No es comparable esta obra a las fábulas de Samaniego, pero no echemos tampoco en saco roto lo que nos dicen; es el caso de *El cuervo y el zorro*, repitiendo una lección que mucho tiempo antes nos había dado don Juan Manuel, en que nos presenta al cuervo posado en la rama de un árbol, presumiendo de un queso recién robado, que sostiene en su pico; el zorro comienza por saludarlo cortésmente y continúa después adulándolo, sin saltar las fronteras de lo que un vanidoso puede tomar como creíble:

¡Qué elegante se os ve allá arriba! A mí me gusta decir siempre la verdad y no puedo menos de manifestaros mi admiración hacia vos, mi señor don cuervo.

¡Qué aspecto más espléndido tenéis! Desde aquí abajo veo cómo os brillan las plumas negras, ¡qué bellas son!, ¡qué negro más intenso! Pero no sólo es el color, vuestra figura es elegantísima, ¡qué gallardo sois, señor!

Tanto como el queso, al cuervo le agradan los elogios del zorro, quien sigue así con ellos:

Mi señor don cuervo, yo no he visto a ningún ave como vos, tan elegante, con unas plumas negras que brillen tanto. Estoy seguro de que vuestro canto es tan armonioso como es hermosa vuestra figura, y, si me dejáis comprobarlo y cantáis para mí, yo juraré que sois el ave más bella que vuela por el cielo. Y lo juraré delante de todas las aves y de todos los pajaritos. Si cantáis tan bellamente como se os ve aquí arriba, el águila no podrá competir con vos, mi señor don cuervo.

Conmovida el ave, quiere demostrar lo maravillosamente que canta o, mejor dicho, que grazna. Con lo que se le cae el queso, del que inmediatamente se apodera el astuto raposo. Este, antes de largarse con él, aprovecha para espetarle:

Señor bobo, ya no necesitáis comer este sabroso queso. Mis falsas alabanzas os han hinchado el cuerpo. Mientras yo me como el queso, vos, señor cuervo bobo, comed los elogios, comedlos, ¡a ver si os sienta tan bien como a mí este queso exquisito!

No hace falta traer a colación la moraleja.

De todo hay en la literatura: también deliciosas historias, como esta que cuenta Sherezade en *Las mil y una noches*, que contiene todos los ingredientes para que terminemos felices con su lectura, por el derroche de cariño, fidelidad, amor e inteligencia; todo ello en contraste con las más execrables miserias de unos personajes deleznales. Es difícil dejar de la mano, una vez comenzado, ese relato en que el joven Alí Sar termina recuperando a la hermosísima Zumurrud, mientras son castigados, gra-

cias al ingenio y fortaleza de ella, los miserables Rasid, Barsum y Chawán. ¿Cómo dejar de referirme, para terminar estos ejemplos, a ese mundo del misterio, con un trasfondo de tristeza, que flota en las *Leyendas* de Becquer?

### 3. Conclusión

Estos libros que me han acompañado en el ocio durante unos cuantos días me han permitido dejar de lado la teoría y hablar de hechos concretos, si no como un experto, sí como alguien preocupado porque nuestros alumnos adquieran el hábito de lectura. Mis ideas son muy sencillas: que nuestros escolares empiecen leyendo, ya desde niños. Luego podrán relacionar unos textos con otros, como podríamos hacerlo nosotros ahora con este pequeño grupo de obras que he traído aquí a vuestra consideración. El paso siguiente será darse cuenta de cómo la literatura actual se asienta con fuerza en toda la anterior, que resulta, por tanto, imprescindible para situarnos en nuestro propio mundo. No me estoy refiriendo a un asunto que se pueda valorar por su utilidad inmediata, sino a algo de mucho mayor calado, pues se dirige a la formación de las personas, a las que los libros les permitirán, entre otras cosas, ser más felices o, dicho de otra manera, más conscientes, más comprensivas en la interpretación de la realidad en que viven.

Para ello hemos de crear hábitos de lectura en los niños y en los jóvenes, como los que adquieren en otros ámbitos: el del cuidado del cuerpo, por ejemplo o el de saber hablar o el del buen

trato... Es decir, esos hábitos de sociabilidad que nos ayudan a convivir con los demás. Para acostumbrarse a la lectura no conozco entrenamiento más adecuado que el que permiten las obras de la literatura clásica, adaptadas a las posibilidades de cada edad; su calidad, que no se contradice con su interés, asegura que la capacidad de comprensión de los textos escritos no esté estragada de inicio. Ello, claro está, no impide que se atienda a la literatura hecha en nuestro tiempo para esta edad; pero, junto a ella deben estar presentes los clásicos, que a lo largo de la historia se han ido introduciendo en las células de nuestros propios juicios y deseos. Un personaje de J. M. Coetzee, al que vuelvo a citar, contando que fue educado en todo tipo de lecturas, recuerda a «aquellos monstruos enfundados en las botas, máscaras y disfraces de su individualismo heroico», héroes para los que «existe un alivio: cada dieciséis páginas el paraíso terrenal regresa y su salvador enmascarado puede convertirse otra vez en ciudadano de rostro pálido», y compara todo esto con lo que aprendió de los héroes clásicos, como Hércules, que no nos llevan al paraíso de lo repetitivo, contando con la novedad de que cada uno de ellos abre un camino que puede consistir incluso en terminar ardiendo para siempre...<sup>11</sup>

Voy a terminar. Son muy diversas las formas como podemos contribuir a que los niños y jóvenes a los que estamos educando accedan a la lectura, todas ellas compatibles e, incluso, complementarias. Es importante poner todos los medios para lograrlo, pues convivir con los libros, discriminando lo que se lee y actuar aprovechando lo que se aprende es un buen antídoto que les permitirá situarse entre tanta información banal, agresiva, insigni-

---

11 J. M. Coetzee, *Op. cit.*, p. 54.

ficante, repetitiva y perecedera. ¿Le aceptarán ustedes un consejo a un profesor cuya jubilación es inminente? Es tan simple como lleno de consecuencias: se trata de pedirles a todos, no solo a los profesores, que se esfuercen porque los escolares —cuyo curso hoy se inaugura— sientan la necesidad de apropiarse de ese tesoro para el entretenimiento que es la literatura clásica. Las consecuencias indirectas de esta apropiación las ha explicado así recientemente Aníbal Jarkowski, provocadoramente: «Se trata, en verdad —dice él—, de una cadena de robos de lengua que se han sucedido y se suceden en el tiempo; se roba idioma en lo leído y luego se guarda el botín en lo escrito. Quienes mejor han robado esa lengua que no era suya han devenido o devendrán en clásicos»<sup>12</sup>. Incluso quienes no pretendan serlo, han de ponerse a dialogar cuanto antes con los escritores clásicos; simplemente para hablar mejor, para escribir mejor, para pensar mejor, para vivir mejor. Para ser más felices.

Muchas gracias.

---

12 Aníbal Jarkowski, “Ñ”, Suplemento de *Clarín*, 2.9.11.

*14 de septiembre de 2011*



CONSEJERÍA  
DE EDUCACIÓN  
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN



Junta de  
Castilla y León